

A pesar de los aspectos negativos señalados antes, y tal como se ha afirmado al principio, la contribución de Zalazar al campo de la erudición sarmientina es extremadamente positiva. Es válida su afirmación:

Nos creemos autorizados a afirmar que no se ha publicado ni un solo trabajo que estudie específicamente la evolución de su pensamiento a lo largo de alrededor de medio siglo de constante actividad intelectual (página 7).

También es absolutamente cierta su declaración de que la mayoría de los críticos de Sarmiento se concentraron en *Facundo*, como si sus ideas históricas, económicas, sociales, religiosas, educativas y políticas «estarían expuestas ya en forma acabada en su obra de 1845» (p. 7). De allí que Zalazar ponga toda su fuerza crítica en *Conflicto y armonías*. Lo hace bien y era urgentemente necesario ocuparse de esta obra totalmente olvidada por los exégetas de Sarmiento.

*La evolución de las ideas de Domingo F. Sarmiento* le ha creado a su autor un espacio fundamental y bien merecido en la fragorosa, profusa e intimidante bibliografía sarmientina.

JAMES O. PELLICER

*Hunter College*

ENRIQUE PEZZONI, *El texto y sus voces*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1986.

Cuando un libro ha sido aguardado con ansias, su aparición constituye un acontecimiento jubiloso. Tal la obra de Enrique Pezzoni, que con sugestivo título, *El texto y sus voces*, lanza la Editorial Sudamericana, en prolija edición.

El libro de Pezzoni, por su seriedad, su solidez, su enfoque singular y su elegancia expresiva, representa un valioso trabajo, fruto de una mente lúcida y avezada en la difícil tarea de la crítica. Pezzoni se autoexamina en el breve prólogo y marca las pautas que cumplirá: «El crítico no describe el modo de ser de un texto como si fuera el de una existencia ajena e inmune a su modo de percibirla. El crítico recorta, ordena, de algún modo decide los sentidos del texto» (p. 7). En esta labor, el crítico, al penetrar el significado, recorre un camino que va desde sus lecturas y los métodos y modelos que conoce hasta el texto. Allí oye esas voces del texto y las selecciona: «Ese concierto que organiza es una literatura», dice Pezzoni. Pero aún agrega y completa la premisa con que se abre el prólogo: «La crítica literaria: biografía y autobiografía». Porque el crítico compone «la biografía de la literatura, que es su autobiografía» (p. 7).

En este volumen se reúnen artículos y notas escritos durante más de treinta años en diferentes revistas y publicaciones. El libro se abre con un ensayo, «Transgresión y normalización en la narrativa argentina contemporánea», donde Pezzoni aplica su teoría acerca de la historia de la literatura concebida como un registro del ritmo entre transgresión a formas y estilos, que se transforman a su vez, y la normalización. La primera transgresión fue el surrealismo, luego la prédica de Proust, Joyce y Kafka. Al referirse a la narrativa contemporánea, después de una —tal vez excesiva— detallada explicación de los conceptos de ruptura y

decoro, alude a la aparición de los llamados «contratos de lectura», expresión que acuñó Marcelin Pleynet, junto con la de «rótulos tiránicos», tales como novela o poesía.

Entonces apela a una relectura de la obra de Borges, Maréchal y Cortázar, escritores que se han caracterizado por sus transgresiones y rupturas. Los tres y cada uno, en momentos diferentes, se levantaron contra un lenguaje literario impuesto por pautas prestigiosas en su época y los tres se anticiparon en la práctica a la moderna teoría de la recepción, al exigir lectores activos.

Examina de cerca la obra de Borges, por ser una muestra inigualable de la literatura del decoro y la ruptura. Examina la de Maréchal, porque *Adán Buenosayres* se apartó, en 1948, de las pautas aceptadas y desafió a la crítica. Recuerda la distinción que Maréchal estableció entre su obra y el *Ulises* de Joyce, al que calificó de «suicidio», porque «en él la letra mata al espíritu, mientras que el Adán denuncia al demonio de la letra» (p. 23). Pezzoni destaca las diferencias de Joyce con Maréchal. Muy agudas sus observaciones —que no compartimos del todo— en cuanto a que *Adán Buenosayres* «es un acto de terrorismo intelectual».

Por último, en esa búsqueda del lector productivo, aborda a Cortázar en *Rayuela* y en *62 modelos para armar*. La primera aspira, como el Adán, a la superestructura y a lo absoluto. Esta es la parte sustancial de un estudio excelente que ganaría en intensidad si redujera su extensión en las disquisiciones iniciales.

La segunda parte de la obra comprende tres ensayos dedicados a Borges: «Aproximación al último libro de Borges», «Borges: la revuelta sigilosa» y «Fervor de Buenos Aires: autobiografía y retrato».

Causa asombro observar la fecha de la publicación en *Sur* (1952) del artículo dedicado a *Otras inquisiciones*, porque revela un manejo diestro de la obra borgeana y de los avatares de la crítica en relación con esa obra. Se detiene especialmente en un artículo de H. A. Murena (*Sur*, núm. 204, 1951), lo desmenuza y refuta su juicio sobre Borges. Se pregunta entonces: «¿En qué consiste lo admirable de su actitud frente a los elementos culturales? Consiste en haberlos organizado hasta integrar con ellos una realidad...» (p. 40). Mérito de Pezzoni es descubrir, en fecha tan temprana para la fama de Borges, cómo éste permaneció encubierto muchos años por la imagen fragmentaria que se tenía de él. Insiste en que Borges pone énfasis en señalar la independencia de la obra literaria frente a la realidad. Sus observaciones sobre la realidad y lo ficticio en Borges no tienen desperdicio.

Si el primero de los ensayos sobre Borges asombra, el tercero, «Fervor de Buenos Aires...», admira por su erudición, su irrefrenable don creativo y la asimilación de modernos modelos literarios.

Pezzoni se mueve con igual destreza en el campo de la crítica narrativa como en el de la crítica poética. De allí que la tercera parte, consagrada a los *Poetas*, cuente con estudios originales sobre Alberto Girri, E. Molina, Octavio Paz y Alejandra Pizarnik. En todos ellos es evidente su penetración y sensibilidad para analizar la poesía. Con ser breves, trasuntan su don creativo a la vez que juzgan con acierto. Dos ejemplos:

La poesía de A. Girri no propone el arrobo de una contemplación estética ni, como se ha dicho, el esfuerzo de descifrar un pensamiento trabado con demasiada premeditación. Su oferta es más sutil, y acaso más ardua: Girri nos invita a entrar en un laberinto de recelos y abominaciones que,

desmintiéndose, crean una estrategia, un aterrador equilibrio entre dos vacíos (p. 105).

La poesía de O. Paz ha despacializado el tiempo, reconciliando movimiento y quietud, reversibilidad e irreversibilidad (p. 151).

La parte consagrada a *Narradores* comprende valiosos ensayos sobre Roberto Arlt, Silvina Ocampo, Felisberto Hernández, Bioy Casares y Eduardo Wilde. Es ésta, a nuestro juicio, junto con *Borges*, la parcela más relevante del libro. Con excepción del prólogo, dedicado a Bioy (1969), los estudios restantes fueron escritos entre 1980 y 1984, lapso que señala una maduración en Pezzoni y la severa compulsión de nuevas tendencias de la teoría literaria.

En «Memoria, actuación y habla en un texto de R. Arlt», estudia *El juguete rabioso*, aparecido en 1926, el mismo año de *D. Segundo Sombra*, de R. Guiraldes; ambas obras se presentan como «la crónica autobiográfica —memoria— del yo narrador» (p. 166). En la primera, la memoria es una instancia tardía. Hay una simultaneidad de la enunciación y el enunciado, y en ese instante se entabla un juego de superposiciones. Al señalar este procedimiento, Pezzoni alude a los dos modos de percepción del relato:

a) El lector vive los hechos al mismo tiempo que los vive el narrador-actor; b) el lector se vuelve el destinatario de una memoria. Al «deber de creer» —esencial en la recepción— se agrega «el deber de deducir», según postula Ducrot (p. 170).

El trabajo sobre «Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social» fue publicado anteriormente como estudio preliminar a la obra *Páginas de Silvina Ocampo*, Buenos Aires, Celta, 1984. Pezzoni sigue un itinerario en la obra de Silvina Ocampo buceando en el yo como «búsqueda y encuentro». Todos los aspectos ocultos o misteriosos son examinados con rara penetración. La infracción al decoro (lo atroz narrado de manera risueña), la ruptura y el salto en la incoherencia de la persona narrativa son modos de reactivar los sentidos del poema «Acto de contrición». Pero es en la vida —según Pezzoni— donde Silvina Ocampo «inicia su experiencia de la renegación renovadora» (p. 195). Al referirse al primer libro de la escritora, *Viaje olvidado* (1937), recuerda la exasperación y censura de su hermana, Victoria Ocampo, por su corte antiproustiano. También cita la nota de José Bianco, el primer lector que distingue la contraposición de dos órdenes en Silvina Ocampo: el natural frente a los «sucesos milagrosos». Pezzoni ahonda en esa oposición y la señala como estructura profunda que organiza los relatos, aludiendo a Borges, que calificó esa moral como una forma de «casuística compensatoria» (p. 200).

En «Felisberto Hernández, parábola del desquite» se insiste sobre el narrador-actor, sujeto de la enunciación que coincide con el sujeto del enunciado ya entrevisto en el ensayo sobre Arlt. Pero con una diferencia: en Hernández el narrador-actor padece doblemente. «Su historia es la de un yo sin yo que sólo pormenoriza el fracaso en la empresa de autoapropiación» (p. 217). Así, el yo de F. H. es un vacío central o un «relleno profuso» o la sucesión de sujetos.

Buena su definición de la literatura fantástica en el escritor uruguayo: suspensión «entre lo irrisorio y trivial por un lado y lo inquietante por el otro» (p. 220). El título del ensayo obedece a los traspasos de los cuentos de F. H. Son «aventuras del desquite, busca de lo que se siente como desposesión y también empeño en el desquite...» (p. 222).

La parábola está trazada por algunos cuentos, desde «El acomodador» (1946) hasta «Las Hortensias» (1949). Precisa dos rasgos en el personaje felisbertiano:

1) rivalidad con el propio cuerpo; 2) dificultad para producir con el cuerpo algo que vuelva al sujeto dueño de sí.

En ensayo destinado a Bioy Casares reitera la imagen anterior de la parábola, pero aquí se trata de la parábola de la austeridad. Desde los primeros libros de Bioy, en aquella «voluntaria y cuidadosa incoherencia», que dijo Borges, se advierte «una ironía entre la pasión con que denuncia los males del mundo y la fascinada curiosidad con que los registra» (p. 238).

Pezzoni pasa revista, con rigor y fruición, a cada uno de sus libros. Nada es trivial. Nada es juego. En el fondo alienta una búsqueda de lo trascendental.

El último de los «Narradores» es, paradójicamente, «Eduardo Wilde: lo natural como distancia». Con él presenta la imagen del escritor que trascendió, en algún modo, a su época. Muy acertado el acercamiento de Sarmiento a Wilde; jugosos sus comentarios sobre la generación del ochenta. Aquí Pezzoni abandona su estilo frondoso y se destaca en juicios como el siguiente: «El Wilde humorista que hace del chiste una cortesía de la exasperación, el Wilde severo que se queja y amonesta, en algo anticipa al Borges que desconcierta con sus ocurrencias y deliberadas contradicciones» (p. 260).

El volumen se cierra con una serie de nueve «Notas», entre las que destacamos las dedicadas a Victoria Ocampo y a Cortázar.

De este modo se brinda el concierto entre el texto y sus voces. Su autor traza él mismo una parábola. Revela y es revelado; despliega el juego de convicciones, de conocimientos, de esa rica intertextualidad con autores como Ducrot, Genette, Philippe Sollers, Octavio Paz y Bakhtin. Nos parece advertir los trazos de una sinuosa sintaxis, que se da en ciertos momentos como un desahogo intelectual, y que llena a veces, asombrosamente, hasta quince líneas. Pero esto en nada invalida las muy justas referencias a la recepción, las rigurosas observaciones lingüísticas, las harto precisas acotaciones y los acertados análisis.

PETRONA D. RODRÍGUEZ-PASQUÉS

*Universidad de Buenos Aires*

JUAN GUSTAVO COBO BORDA, *Antología de la poesía hispanoamericana*. Selección, prólogo y notas de Juan Gustavo Cobo Borda. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1985.

Proporcional a la utilidad de una antología literaria están las dificultades inherentes a este determinado programa selectivo. Desde el olvido involuntario de escritores o poetas (que a veces no lo es tanto) hasta la no inclusión definitiva de algunos a causa de un juicio estrictamente personal, la labor del antólogo por lo regular nunca deja satisfecho a nadie, incluso muchas veces a los mismos autores seleccionados. No se escapa de esta amarga condena el libro de Juan Gustavo Cobo Borda que reseñamos aquí. Desde su aparición hasta el momento los comentarios siguen siendo bastante encontrados, y eso a pesar de que Cobo incluye sólo poetas nacidos entre 1910 y 1939, centrándose principalmente en aquellos cuya obra ya ha sido, de una u otra manera, aclamada o reconocida por el medio cultural latinoamericano. Valga el caso de Lezama Lima, Paz, Molina, Huerta, Westphalen, Mutis, Rojas, etc. La exclusión, por el momento, según lo advierte en el prólogo, de las últimas generaciones, le evita de hecho un confron-